

# 1. El París de Haussmann: 1853-1882

La transformación experimentada por París bajo el timón de Haussmann no debe sólo su interés al hecho de haberle procurado el aspecto que la caracteriza. París se ha convertido en «haussmanniana» (con el auxilio de la Tercera República), pero sobre todo se presenta como la «ciudad burguesa» por excelencia. Con Haussmann, «la ciudad se erige en lugar institucional de la moderna sociedad burguesa»,<sup>1</sup> punto en el que evidentemente radica el interés esencial de las intervenciones «haussmannianas». Éstas crean un tipo de ciudad, un espacio que se configura de acuerdo a la lógica de una burguesía que, por aquel entonces, vino a desempeñar el papel de clase dominante; suponen un modelo espacial concreto que mantiene su vigencia más allá de la marcha de Haussmann y de la caída del Imperio, y que condiciona el urbanismo desde los comienzos de la Tercera República.

## La ciudad burguesa: las grandes realizaciones de París

Haussmann jura el cargo de prefecto del Departamento del Sena el 29 de junio de 1853. Su designación para París<sup>2</sup> tiene como finalidad explícita llevar a cabo la política de grandes realizaciones que Napoleón III anhelaba: la conversación que sigue a la toma de posesión del cargo se ocupa del asunto y de los medios que habrá que poner en juego. En primer lugar será preciso cambiar el consistorio que, aunque nombrado por el Gobierno, es visto como renuente y crear una comisión oficiosa, con autoridad en los proyectos, que actuará como «una especie de consistorio privado».<sup>3</sup> La comisión, inútil a juicio de Haussmann, no se reunió más que en una ocasión, pero es digna de atención porque muestra el género de relaciones que se instauran entre las diversas instancias, Gobierno, municipio y Administración, y por definir con claridad el régimen político bonapartista. El prefecto tiene una función de excepción que se clasifica como de ámbito reservado; se cumplirá con el mínimo de publicidad y según canales extraordinarios para conseguir la mayor eficacia.

La actitud de Haussmann, tan pronto entró en funciones, fue contraria a la administración de su antecesor, el prefecto Berger, cuyas reticencias a un programa de actuación reproducen las de Rambuteau, prefecto de Luis Felipe. Ya no procede administrar la ciudad como «un buen padre de familia», respetando las normas de prudencia y prestando a los negocios privados la solicitud que parecen merecer. La relación entre los métodos de Haussmann y los de sus pre-

decesores es pareja a la del nuevo capitalismo agresivo de la banca comercial y el ya consumido de la primera mitad de siglo exhibido por la gran banca parisina. Los métodos dejan de corresponder a «un período de crecimiento de la producción moderado pero constante como el del inolvidable 1815-1852», que se apoyaba en una estructura todavía arcaica en la que la riqueza descansaba sobre concepciones agrarias y comerciales, pero no industriales. En ese «régimen de prosperidad» que pretende ser el Imperio, operan de estímulo, se identifican con el nuevo espíritu de empresa frente al que se abre «la perspectiva de rápidos beneficios y el ilimitado porvenir de la banca»,<sup>4</sup> espíritu que además coincide con una acumulación de capital sin precedentes (sobre todo de 1852 a 1857, y con algunos períodos excepcionales que se prolongaron hasta 1866).

Como método de gestión, Haussmann desarrolla la teoría del gasto productivo. Toma como punto de partida el tradicional excedente presupuestario de París, cantidad cuyo alcance es difícil de evaluar pero que, de creer en los análisis que Haussmann expuso ante un consistorio ya no adverso, sino hostil, tendría un monto de 10 millones de unos ingresos totales de 55 millones, una vez deducida la deuda. La estimación presupuestaria para 1853 eleva el excedente a 18 millones, pero, cerradas las cuentas del ejercicio anual, Haussmann se encuentra con que la cantidad se aproxima a los 24 millones.<sup>5</sup> La teoría del gasto productivo preconiza el uso del excedente, sea total o parcialmente, para operaciones crediticias de considerable envergadura y muy largo plazo y no a intervenciones directas a corto plazo.<sup>6</sup> Las finanzas municipales no pueden, sin embargo, enfrentarse a este planteamiento sin contar con un crecimiento rápido y constante de los recursos que se base en que la actividad económica, los negocios y la población se comporten de igual manera. La riqueza de los contribuyentes es la riqueza de la ciudad. El mejor resorte para aumentar el presupuesto es fomentar el enriquecimiento de los contribuyentes. El instrumento y el producto de esta estrategia son las grandes realizaciones. La ciudad se administra como un negocio capitalista. El excedente invertido en «gastos productivos» salta, en quince años, de 20 a 200 millones.<sup>7</sup>

Pero conviene insistir de nuevo en la función estimulante que frente al desarrollo y mejora del instrumento capitalista tuvieron las grandes realizaciones parisinas desde 1852. Nos consta que la ejecución de la primera red (1854-1858), a pesar de carecer de suficientes medios técnicos de estudio y control, y aun a riesgo de una mayor lentitud en los trabajos, se lleva a cabo en gran medida a cargo de la Administración, que se convierte en su propio contratista. Los motivos habría que buscarlos en el hecho de que los contratistas no eran capaces de hacer frente a la organización de obras de cierta magnitud debido a la falta de capital y a la ausencia de concentración de medios. Urgía brindar a la ciudad amplias arterias completamente terminadas, pavimentadas, con aceras acondicionadas y ajardinadas. El programa Haussmann es un llamamiento a la intervención de los grandes grupos económicos que, conforme al principio de Saint-Simon de casar banca e industria, promueven o reorganizan potentes empresas laborales. El instrumento que Haussmann toma para financiar el acondicionamiento de París es el Crédit Foncier de los hermanos Péreire (fundado en 1852), de cuyos fondos destinados a créditos cuatro quintas partes van a parar a la construcción inmobiliaria. También el Crédit Mobilier (Péreire, Morny y Fould, 1852), aunque se trate de un banco industrial, rige fuertes sociedades inmobiliarias: la Société de l'Hôtel et des Immeubles de la Rue de Rivoli (1854), más tarde Compagnie Immobilière de París (1858), para después, equivocadamente, ser la Société Immobilière de France (1863), en una maniobra especulativa en Marsella, a la espera de los grandes beneficios a obtener de la apertura del canal de Suez.

(que no se hizo efectiva hasta 1869). Entre los grandes grupos bancarios y los gastos productivos de Haussmann existía una identidad de métodos y objetivos que sorprende: se quiere activar el crédito, drenar mercados mediante organismos de notable entidad que presten dinero a largo plazo (técnica naciente en 1852), se proyecta orientar y dirigir la economía con la promoción de grandes empresas (pervivencia del ideario de Saint-Simon). Haussmann puede recoger para sí estos objetivos. Capta a la perfección los métodos y posibilidades de la banca comercial y los aplica a la gestión de París.

Es obvio que el proyecto de «embellecimiento» de París no se le presenta a Napoleón III desde ese prisma. Haussmann goza del

*«culto a lo Bello, al Bien, a las grandes cosas, a la bella naturaleza que inspiran el gran arte».*<sup>8</sup>

El mecanismo económico desaparece bajo argumentaciones técnicas que, a su vez, se esconden tras pretextos estéticos. Al menos superficialmente, la cultura clásica actúa como referencia sin que contaminaciones eclécticas lleguen a interferir. En la ciudad se intentan reproducir las formas codificadas del sistema clásico con una retórica de ejes, de plazas con el marchamo de los monumentos, de monumentos configurados en red, cuyos grandes espacios, en lo sucesivo, serán bien ostensibles. Hay que subrayar, con independencia de opiniones personales, que en materia estética la imagen que Haussmann supo dar a París complació a la nueva burguesía. Movía unas pasiones absolutas. Zola puede decir respecto a personajes claves de la Curée que «los amantes sentían amor por el nuevo París». Atraídos por las exposiciones, propios y extraños vuelven a sus lares cautivados y plenos de emoción.

De existir una crítica acerba a la obra de Haussmann, ésta es básicamente política: descubre en él al «típico funcionario bonapartista»<sup>9</sup> y ataca, directa o indirectamente, el vínculo de incondicionalidad que une a Napoleón III con el sistema político-económico del Imperio. Los republicanos «burgueses» no necesitan más que el cambio de régimen de 1870 para dar la vuelta a las críticas y traspasar a la Tercera República el cuidado de concluir lo que se había iniciado. La crítica de los «orleanistas» y de la antigua banca se confunde, irritada esta última por las audacias heterodoxas de la banca comercial; su portavoz, Thiers, es recibido con los brazos abiertos para lanzarla desde su casa de la plaza Saint-Georges, sita en el corazón de la parcelación Dosne, de 1894 (Thiers era yerno de Dosne), o sea, en el centro de una de las operaciones especulativas de la Restauración realizada con métodos patrocinados por Haussmann. Por lo que respecta a los radicales, su crítica es patrimonio de la Comuna que no está para hablar, sino para actuar.

El argumento técnico se focaliza en la modernización y en la salubridad, pero al que se suman otras derivaciones: sanear, transportar y equipar. La ciudad de Haussmann conoce el cambio de estructura más profundo al transformarse en una ciudad «equipada». Se modifica la noción de vial permitiendo diversificar y multiplicar, en un complejo sustrato, las funciones de distribución: rápida distribución de personas y mercancías, suministro de agua y gas y red de saneamiento. Pero fueron los «equipamientos», tal como se entienden en la actualidad, los que proliferaron por todas partes: ayuntamientos, centros administrativos, ministerios, centros escolares, institutos, oficinas de correo postal, mercados, mataderos, hospitales, establecimientos penitenciarios, cuarteles, cámaras de comercio, estaciones ferroviarias, etcétera. La cuestión es distribuir este cúmulo de equipamientos en una estructura urbana y acomodar ésta a la multiplicación de



a

Fig. 1. París y Haussmann

a) La rue des Moineaux en 1860 (cliché Marville), antes de la apertura de la avenida de la Ópera

b) La avenida de la Ópera en la actualidad

Al hacer coincidir la circunscripción administrativa de la ciudad con el recinto militar



b

realizado en 1843, Haussmann definió el cuadro en el que se inscribirá la evolución de París hasta nuestros días.

Simultáneamente, los trabajos que se llevan a cabo en el centro antiguo eliminan barrios populares con objeto de dar la imagen «moderna» que corresponde a una ciudad cosmopolita de negocios.

aquellos.<sup>10</sup> A la especialización que implica la noción de equipamiento se suma un objetivo de sistematización y control, instrumentos de la misma en su relación con la estructura urbana. La clarificación de niveles se hace simultáneamente por medio de la vialidad y de los equipamientos que se distribuyen. La localización de dispositivos tan complejos manifiesta las consideraciones que se tienen en beneficio de una ideología de segregación que pregonó e inició en muchos aspectos el ejercicio de la zonificación.

Esta estrategia de control y segregación, consecuencia última de la «haussmannización», se ilustra mejor cuando se sabe que entre 1835 y 1848 «París se convirtió en la ciudad industrial mayor del mundo»,<sup>11</sup> con una masa laboral por encima de los 400.000 trabajadores para una población, en 1846, de un millón de habitantes. El «embellecimiento» del París de Napoleón III respondía de partida a un problema de cantidad: en términos absolutos, porque la ciudad supera en 1846 el millón de habitantes, y en términos de crecimiento de acuerdo a una estimación final de Haussmann<sup>12</sup> y conservando los límites del casco urbano de Thiers, la población se duplica prácticamente al pasar de 1,2 millones en 1846 a 1.970.000 en 1870. Pero, más allá de lo cuantitativo —en adelante se deberá considerar París como gran ciudad—, la faceta dominante es el problema de la relación entre los actores sociales que integran esa magnitud. Con semejante masa laboral y después de las peripecias protagonizadas por la Segunda República, exageradas con gusto por la burguesía hasta hacer de ellas la *grande peur*, la relación de las clases dominantes con las dominadas se plantea sobre el terreno con singular virulencia. La burguesía, que tiene la iniciativa y está en el zenit de su fuerza, monta todos los medios de control disponibles. Aparece un nuevo tipo de espacio no del todo desligado del antiguo, pero sí apto para reinterpretarlo, de reproducir o desviar los mecanismos generadores, de desarrollarlos en un proyecto progresivamente más vasto y coherente. El objetivo que tiene nuestro estudio es, en principio, describir los modelos espaciales «haussmannianos», para lo cual no partimos del análisis exhaustivo del conjunto urbano, sino de un elemento de la combinatoria urbana que es, a la vez, característico y esencial: *la manzana*. La manzana ordena nuestra perspectiva, sin embargo conviene que nos preguntemos, de entrada, cómo se produce, cómo se organiza dentro de la estructura de la ciudad «haussmanniana».

## Modos de intervención en la ciudad

### La red de aperturas de viales

La existencia de un plano salido, como confirman abundantes testimonios,<sup>13</sup> de la mano de Napoleón III, presagiaba una intervención global y coherente en todo París. Varias críticas<sup>14</sup> han insistido en la aptitud de Haussmann para regentar la ciudad, circunstancia ésta que se contraponía con la situación anterior caracterizada por la penuria de actuaciones de envergadura y la impotencia para llevar el hilo de las reflexiones al nivel del conjunto urbano.<sup>15</sup> La implantación de un instrumento administrativo y técnico elaborado, la Direction des Travaux de la Seine, dejaría absoluta constancia de la dimensión que alcanzaban las inquietudes de Haussmann.

Sería erróneo imaginar que el control que Haussmann ejercía sobre la ciudad fuese completo a todo nivel y a todas las instancias. No se encontraba en la

tesitura de tener que crear una ciudad por entero, trabajaba en un espacio su-  
mamente estructurado; la cuestión no consistía en operar sobre la estructura en  
su totalidad, sino sólo selectivamente sobre ciertos elementos y según modos  
específicos. Como atestigua el contenido del plano de Napoleón III, estas pautas  
hacen que la intervención se sitúe desde el comienzo a un nivel que ésta favorece  
hasta el punto de elevarlo a la categoría de exclusivo, al *nivel global*. Al nivel  
global pertenece la red de aperturas que corta la ciudad y a la cual quedan aso-  
ciadas notables creaciones monumentales, como plazas, estaciones ferroviarias,  
edificios públicos importantes, etcétera. Por ejemplo, los boulevards Strasbourg  
y Sébastopol, hechos a tramos de 1852 a 1858, establecen una perspectiva de  
2,3 km entre la estación del Este y la Cámara de Comercio, al tiempo que dis-  
tribuyen el conjunto de espacios abiertos que en la «encrucijada» de París forman  
la plaza ajardinada de Saint-Jacques y la Place du Châtelet, con sus dos teatros  
emplazados simétricamente.

Esta doble red de aperturas y obras monumentales se orienta hacia un triple  
objetivo:<sup>16</sup>

- revalorizar los monumentos, aisladólos e instituyendo lazos visuales en-  
tre unos y otros;
- luchar contra la insalubridad, contra lo caduco, y colmar de imágenes de  
modernidad, a saber, el espacio y la luz;
- circular: de estación a estación, de barrio a barrio.

En verdad, Haussmann efectúa una corrección estructural al hacer visible el  
nivel global de la estructura urbana, nivel representativo de la nueva totalidad (la  
gran ciudad, la capital), el que asegura los vínculos a escala de conjunto, que  
abarcá las instituciones representativas del orden general. La creación de ese  
nivel global en París, por su contenido y modos operativos, se impone conser-  
vando la continuidad con la cultura clásica y justifica toda relación con la misma.  
En efecto, la manifestación del nivel global en la ciudad es una peculiaridad que  
distingue a la ciudad barroca:<sup>17</sup> coincide con una etapa del desarrollo urbano que  
requiere un reajuste estructural y recurre a bulevares y avenidas, ejemplo de nue-  
vos elementos de ordenación. La concepción de estos elementos corre a cargo  
de una cultura anclada en lo visual, con un alto grado de dependencia respecto  
a los problemas de representación, y en un delicado momento histórico en que  
se produce un movimiento de vaivén entre la ciudad y el campo (de la ciudad a  
la villa, de la villa al parque y al campo o comarca, del parque a la ciudad): estos  
elementos se expresan visualmente, de forma más legible, y en lo dilatado, en  
oposición a una ciudad concentrada que se capta en términos de cierre e imbri-  
cación.<sup>18</sup> Son estos elementos, estas avenidas arboladas, cuyo origen es ambi-  
guo, la base del vocabulario formal de Haussmann. En el enclave de Haussmann,  
debido a la característica de la legibilidad de no hacer visibles más que ciertos  
valores preestablecidos, dichos elementos no dejan de actuar como máscaras,  
embozos que ocultan las diferencias entre barrios, entre *status* sociales, entre  
actividades. Las aperturas «haussmannianas» poseen una configuración formal  
rigurosa que llega a la monotonía, esconden la identidad de los barrios (el centro,  
el barrio obrero del este, el residencial del oeste) en provecho del significado  
global del París-capital. Vemos surgir aquí las implicaciones sociales de un me-  
canismo que no basta aprehender en términos de estructura formal; denominarí-  
mos espacio de la burguesía del siglo XIX a esta máscara que se proyecta sobre  
la ciudad y su historia.

En la práctica, las aperturas «haussmannianas» se reparten en tres cate-

gorías, clasificación que no encubre grado alguno de jerarquía, pues responde simplemente al modo de financiación:

*La primera red* (1854-1858) comporta operaciones realmente esenciales que el Estado subvenciona una por una corriendo con la mitad o incluso con las dos terceras partes de los costos (por ejemplo, en las obras de recuperación del Louvre). La «encrucijada» de París se impulsa activamente: la rue de Rivoli se prolonga en dirección oeste-este, el eje norte-sur se conforma con los *boulevards Sébastopol* y *Saint-Michel*, la secuencia de espacios centrales del Châtelet al Ayuntamiento se emprende con ímpetu, incluyendo las prolongaciones hacia la Cité y los futuros Halles; la avenida de la Emperatriz es un acceso de lujo, de 140 m de anchura, a un remozado Bois de Boulogne.

*La segunda red* (1858-1868 en adelante) se distingue por un acuerdo de conjunto entre el Ayuntamiento y el Estado, votado, no sin dificultades, por el Cuerpo Legislativo en abril de 1858 y al que se conoce bajo la denominación de «pacto de los 180 millones». Uno y otro se repartían los gastos, un tercio el primero y dos tercios el segundo, si bien fueron en realidad 50 y 130 millones, respectivamente. Con esta red se consagra la cisión de París por vías que irradian en estrella en torno a algunos nudos estratégicos importantes, como la plaza del Château d'Eau (de la République), la Étoile del Arc du Triomphe y la plaza del Trocadéro. De esta manera se generan unos enlaces rectilíneos que implican la remodelación de numerosos barrios: el boulevard Malesherbes, entre los barrios de la estación del oeste (estación Saint-Lazare) y de Monceau; el boulevard Saint-Marcel y el boulevard des Gobelins, de los que depende todo el flanco de la Montagne de Sainte-Geneviève; la avenue Daumesnil en dirección al Bois de Vincennes. También forma parte de este programa la introducción de medidas para el desahogo de la Cité.

*La tercera red*, cuya decisión se precipita por la anexión, el primero de enero de 1860, de unas comunas de la periferia, es, en realidad, el «trastero» de todas aquellas realizaciones que se descartaron en la segunda, pero que recaerán sobre los hombros del Ayuntamiento, cuya tesorería recibe algunas facilidades, como son el derecho a crear en 1858 la Caisse des Travaux Publics (con la concesión de 100 millones de crédito a corto plazo a los contratistas) o la autorización para solicitar un crédito de 270 millones en 1860. A pesar de todo, estos auxilios financieros no serán suficientes y Haussmann se las ingenió para encontrar medios de una ortodoxia opinable, como fue el pago a las empresas con pagarés, auténtica moneda privada de base legal. La tercera red facilita la conclusión de la estrella de la plaza del Château d'Eau y de la plaza del Trône; su influencia alcanza a los Halles, al boulevard Saint-Germain y a la rue de Rennes en la orilla izquierda, y al parque Montsouris y a las Buttes-Chaumont, zonas más aisladas que las anteriores.

## La unidad de intervención

La disposición de estos ejes conformadores en la ciudad determina modificar el crecimiento urbano. La intervención de Haussmann implica un particular modo de crecimiento cuyas consecuencias, a nivel del tejido, debemos buscar en la distribución de los barrios y manzanas. Un examen del plano de París es suficiente para advertir que a los viales de nueva apertura o afectados por una rectificación del trazado deben sumarse barrios que llevan la firma de Haussmann, como son la Plaine Monceau, Chaillot, los flancos de la Montagne Sainte-Geneviève, las Buttes-Chaumont, apenas esbozadas, y Clignancourt, también in-

completo. Tenemos que preguntarnos a qué clase de procesos de crecimiento deben estos barrios su fisonomía, para lo cual procederemos por diferencia, es decir, los compararemos con otros modos de crecimiento anteriores o, incluso, foráneos.

A falta de otra red global que no sean los *boulevards*, inacabados, y la barrera de los Fermiers Généraux que, por sustitución, pasará igualmente a ser un *boulevard*, en el París de la Restauración *el crecimiento se produce por sectores*. Cada sector tiende a ser una unidad finita susceptible de desarrollo, pero orientada a constituir, en principio, otra de superior magnitud. El tipo de conexión entre los distintos sectores es de simple yuxtaposición; la estructuración del conjunto deja de recaer en elementos específicos de orden superior que garanticen el carácter orgánico; puede darse que los que desempeñen este cometido con variable fortuna sean elementos heredados preexistentes. La ciudad es un repertorio de sectores dispersos o contiguos al que se añaden también «fragmentos urbanos, naturales y artificiales». Ésta es la concepción del siglo XVIII, representada por las teorías de Laugier sobre la ciudad y por los montajes de Piranesi, que reducen el espacio urbano a «un complejo de porciones de arquitectura constitutivas de configuraciones singulares y de articulaciones huertas de sentido». Durante la época georgiana, Bath, Edimburgo y Londres son características ciudades por sectores.

En París los sectores se entrelazan en desarrollos espontáneos que siguen los ejes de circulación; sin embargo, son reconocibles como tantas otras parcelaciones con formas a menudo racionalizadas. El reinado de Carlos X cuenta con una auténtica cosecha de empresas especulativas; por ejemplo:

- en 1824, la composición del pueblo de Beaugrenelle, damero que se articula con plazas; la parcelación de la sección posterior de la Madeleine, la antigua residencia Beaujon y el barrio de Saint-Georges, encima de Notre-Dame de Lorette;
- en 1825, la parcelación de la Plaine de Passy, con el concurso de trazados radiales acodados en plazas circulares existentes (Étoile, Maillot) o de nueva creación; la parcelación regular de Batignolles, según una retícula rectangular que se extendió muy pronto sobre la propiedad Cardinet;
- en 1826, la parcelación del barrio de Europe, empresa muy ambiciosa que contaba con el trazado de 26 calles, muchas de ellas en estrella;
- en 1827, la parcelación de Saint-Lazare, que comprendía trece calles en una solución extremadamente densa desarrollada en torno a la iglesia de Saint-Vincent-de-Paul, en función de centro.

Así pues, si cada una de estas parcelaciones constituye un «sector» unitario, legible en virtud de su planta, subsiste, en cambio, la construcción por «elementos», generalmente autónomos y dispersos, sin otro control que no sea la construcción ordinaria de los desarrollos espontáneos, es decir, sin más regularización que la definida, por lo común y en una época determinada, por una tipología edilicia. Entre ésta y la forma de la parcelación en conjunto es posible descubrir cierta relación a la luz de los deslindes prefijados de las parcelas, relación que se mantiene implícita, pues no se manifiesta como «unidad de intervención» intermedia, como sucede con la manzana o con la agrupación de edificios. La Inglaterra georgiana ofrecía, por el contrario, una situación bien diversa. De una parte, la tipología estaba claramente normalizada mediante unas ordenanzas para la edificación «que reglamentaban minuciosamente las dimensiones y características de cada parte del edificio». Por otra, se disponía de unas «unidades de intervención»

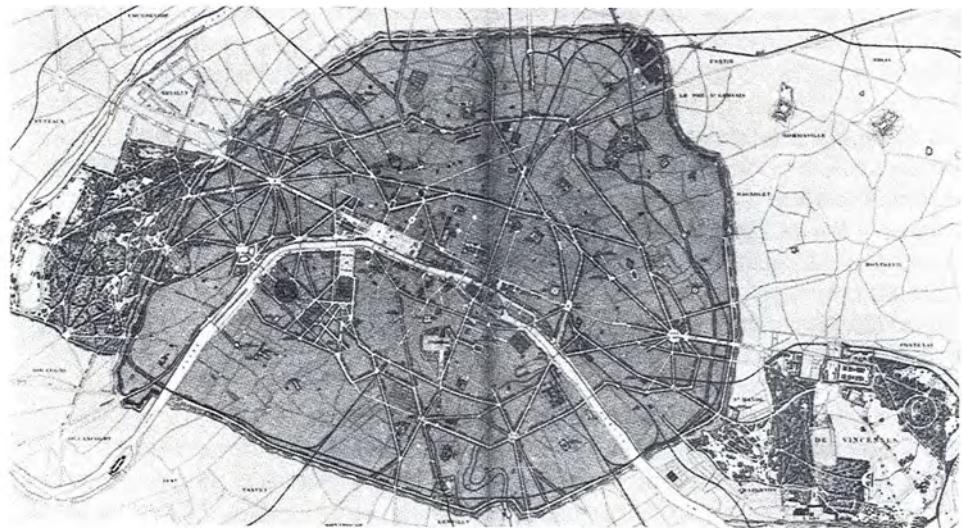
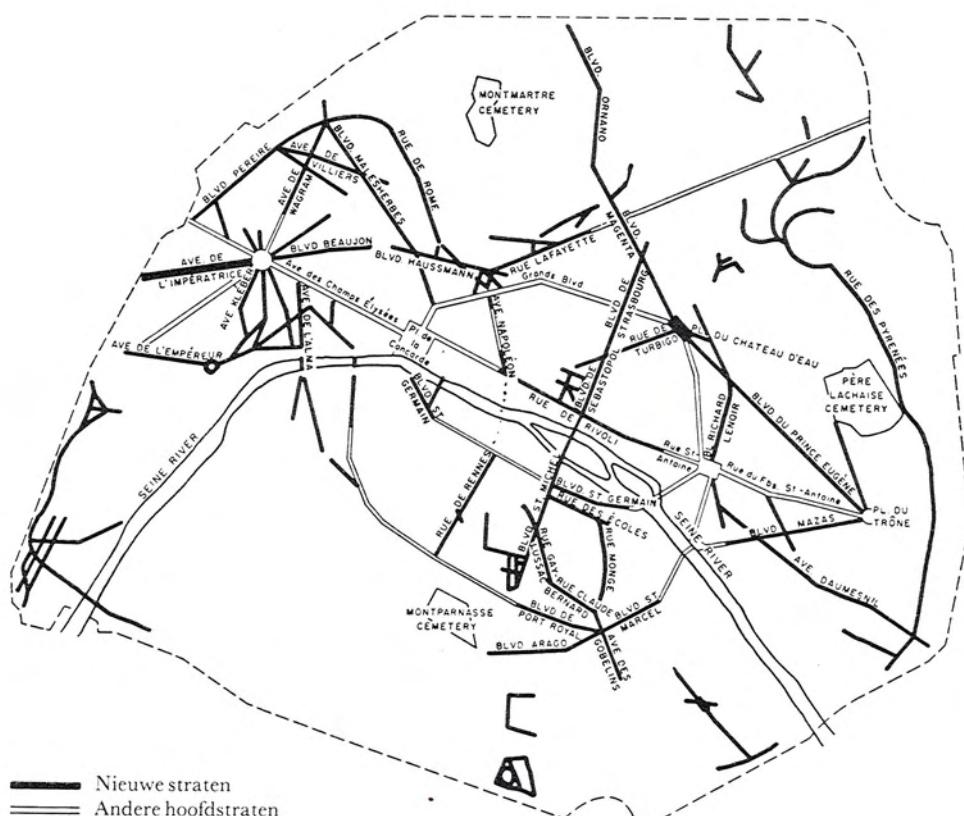


Fig. 2  
Paris antes de Haussmann



## París después de Haussmann

articuladas entre sí, que eran otras tantas unidades posibles de proyecto, de financiación o de obra: la casa (por categorías), la hilera de casas, el grupo de hileras, el *estate*.<sup>19</sup>

El método que Haussmann pone en práctica es muy otro, en modo alguno apunta a constituir sectores autónomos como sucedió en épocas precedentes o en la misma ciudad inglesa. El objetivo de reajuste estructural que se le asigna a la red global se opone a la idea de la ciudad por sectores e, incluso, en aquellas zonas libres donde todavía es factible una urbanización continua y consecuente tampoco se asiste a una fragmentación entrelazada y coherente, sino a una partición por oleadas sucesivas. Por ejemplo, el barrio Wagram se hizo por fases en 1858, 1862, 1866, hasta llegar al período 1884-1899 y, en definitiva, no es más que el resultado de una serie de trazados concebidos a nivel global que seccionan su territorio. La ciudad «haussmanniana» no tiende, como Londres, a la anexión de sectores, superpone mallas jerarquizadas que pertenecen a una red en estrella, subdividida en orden jerárquico. Este procedimiento no nos ofrece un abanico de unidades de intervención como el que encontrábamos en Inglaterra. En un extremo tenemos una autoridad central que apela, como antes se vio, a potentes grupos económicos que le procuran «grandes arterias absolutamente terminadas». Pero ello no establece ninguna unidad de intervención, salvo para los trabajos en la red viaria. En el otro extremo, se sigue viendo la parcela como unidad válida de intervención en la que edificar. Un mismo propietario puede tener cierto número de edificios, mas bien dispersos, sin que formen un todo, una unidad física de intervención. En la Curée, Saccard «tenía ocho casas en los boulevards. Cuatro estaban acabadas, dos en la rue de Marignan y dos en el boulevard Haussmann; las cuatro restantes, en el boulevard Malesherbes, estaban aún en obras».

La relación entre estos niveles de intervención en puntos extremos del orden jerárquico no se dilucida, sino todo lo contrario, por un encadenamiento de exigencias operativas que funcionen correcta y regularmente como unidades uniformes de proyecto, de financiación y de obra.

Por regla general y exceptuando los casos en que intervengan manzanas de dimensiones reducidas y con función de enlace, las *aperturas* generan nuevas alineaciones; la Ley de Expropiación, que la Segunda República modificó, autoriza la adquisición de todas las parcelas afectadas; una vez se fija el trazado del vial resulta una franja a ambos lados que se repartirá conforme a la nueva parcelación. Aquí no hay duda ninguna sobre la relación directa entre la intervención a nivel global, la apertura y la intervención en las parcelas. La manzana se ignora como vehículo para definir una unidad intermedia de concepción o de realización y, si es cierto que la relación está mediatisada por la tipología del edificio, estamos ante una modalidad subordinada en que las circunstancias se suelen distorsionar o acomodar a la escala del *bricolage*. Domina la ordenación de la apertura: la fachada es resultado de una partición de la ordenación general en porciones similares y no autosuficientes al abrigo de un articulado y de una normativa. En cuanto a operaciones de puntuación, como esquinas y rotondas, se insertan más en el eje monumental y en nada colaboran a definir una «fachada de manzana» que tan poco evocaría la unidad de la hilera.

Las *urbanizaciones más extensas* generan al mismo tiempo manzanas y encintado. La consolidación de las primeras resulta en ocasiones laboriosa y fluctuante; no es insólito asistir, aunque mucho más tarde, a la subdivisión de las mismas. Así ocurre en el barrio Wagram en 1882 y 1899. Lo primero que se había edificado, con criterios clásicos por supuesto, eran las esquinas y las zonas perimetrales mejor situadas, dejando libre el espacio interior y zonas traseras que se prestan a la recomposición. La manzana no actúa sino dentro de la estructura

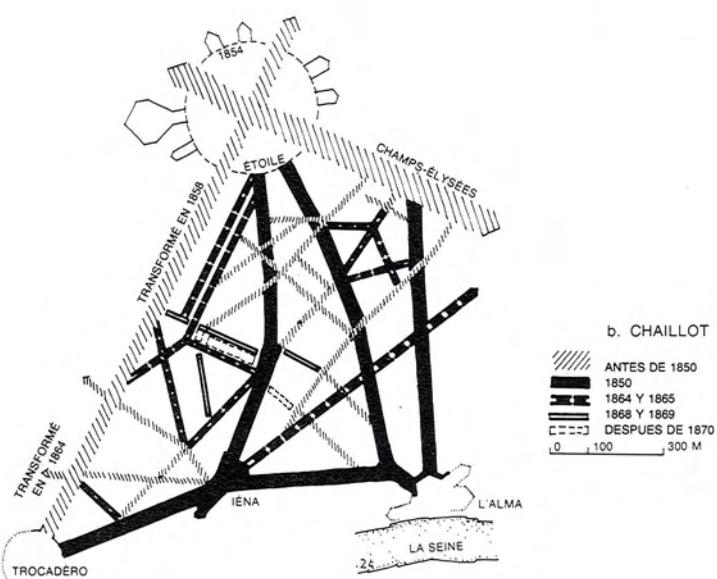
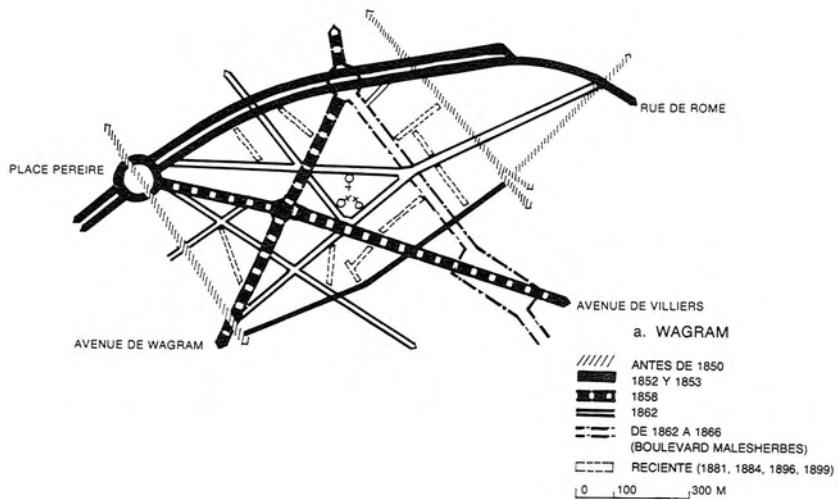


Fig. 3

- a) Apertura de vías en el barrio Wagram  
b) Apertura de vías en el barrio Chaillot

Aparte de las manzanas antiguas, después de 1850 no existe ninguna o casi ninguna otra cuyas fachadas se hayan trazado en el curso de la misma campaña. Así pues, es posible afirmar que la manzana que subsiste a pesar del proyecto de ciudad no es tenida por Haussmann como elemento operativo: es el resultado de un trabajo que se inicia en primer lugar con el trazado viario (calles o avenidas) para, acto seguido, pasar a la construcción de las parcelas que lo bordean.

tradicional: constituye una unidad implícita. Pero tal condición no la protege de la influencia que puedan tener las aperturas reguladas a nivel global y, por otra parte, de los imperativos capitalistas de la densificación, que cristalizan, uno y otro, en el tipo de inmueble y que se evidencian en la parcelación. Sin embargo, una manzana de esta índole no es una unidad reprimida de intervención.

Por último, se tienen las *actuaciones concentradas*, origen inmediato de un reducido número de manzanas que, en esta oportunidad, adoptan la forma más rigurosa; cumple señalar algunas cruces de San Andrés y algunos rectángulos cortados diagonalmente, como es el caso de la cruz formada por las calles Perdonet, Louis-Blanc y Cail (1866), entre la calle del faubourg Saint-Denis, el boulevard de la Chapelle y la calle Phillippe de Girard; o, con posterioridad, la de las calles Eugène-Sue y Simart (1882-1885), ésta entre las de Ordener y Marcadet. Más infrecuente es hallar formas reducidas de la retórica monumental, como el tridente que ocupa el convento de Sainte-Périne de Chaillot, parcelado en 1865 (calles de Bassans, Euler y Magellan). Así pues, aquí, y a un nivel relativamente modesto que escapa al entramado de las grandes redes, la manzana es la unidad explícita de intervención. No es obligado que el protagonista de la intervención sea único, pero, sea como fuere, en todas las ocasiones el común denominador es la coherencia de quienes participan. Se pone en práctica un método preciso de coordinación en el que se reconoce un modelo que marca el norte de todas las intervenciones, desde la menos ordenada hasta la que resulte más compleja por razón de su emplazamiento. Vemos aparecer la manzana «haussmanniana» como un claro modelo.

Habría que imputar a causas de dos categorías el que París, en contraste con el Londres de un siglo después, no logre regularizar las unidades de intervención según una secuencia ordenada, es decir, que no consiga explicitar una relación justa entre la propiedad, la organización financiera y la articulación de las secciones que se producen en el interior de la estructura urbana. Las primeras derivan del grado de desarrollo de la banca y de las empresas, del *status* de la propiedad y del rol de la clase burguesa, pese al paralelismo que se propende a establecer, por ambas partes, en dos períodos de la construcción del capitalismo industrial. En Francia no existe todavía una organización duradera, una contratación estable. Las segundas nacen de la propia ciudad o, mejor, de la relación de las nuevas intervenciones con la ciudad existente: por un lado, la libre asociación de sectores y, por el otro, un proyecto de reinterpretación global presuntamente orgánica.

### **Relación con la ciudad existente: inserción y exclusión**

La manzana es un antecedente implícito que se hereda de la ciudad tradicional. La red de grandes aperturas tiene como meta, empero, corregir la estructura de un conjunto defectuoso proveyéndole de un nuevo tipo de espacios. Como ya dijimos, la estrategia burguesa no es ajena a este género de intervenciones. En base a lo que vamos advirtiendo la relación entre las intervenciones de Haussmann y la antigua ciudad es, por tanto, dual: concordancia y rectificación, continuidad y destrucción, aceptación y violencia.

Expusimos antes cómo el proyecto de dotar a París de una red global admitía la lectura a través de una referencia a la cultura clásica: desecharíamos precisar y ampliar tal referencia por cuanto, a nuestro juicio, la relación con la ciudad existente está condicionada en su totalidad por la relación con la cultura clásica. En el plan de Haussmann es sencillo dar con elementos o formas extraídas del len-



Fig. 4

a) El tejido «haussmanniano». La encrucijada que forman las calles Perdonnet y Louis-Blanc en el distrito 10º

De la escisión en diagonal de una retícula cuadrangular anterior formada por las calles del Faubourg Saint-Denis, Philippe de Girard y el Boulevard de la Chapelle, resultan cuatro manzanas homogéneas

b) La apertura «haussmanniana». Apertura del Boulevard Voltaire desde la Plaza de la República

La diagonal del *boulevard* altera el tejido de la antigua parcelación. A uno y otro lado de la apertura aparecen parcelas de recuperación con formas arbitrarias que, comparándolas con la parcelación antigua, tienen un aire un tanto más irracional. Sin embargo, la sutura de lo nuevo y lo antiguo es perfecta: la continuidad de la construcción se restituye con todo escrupulio.

guaje clásico. De la Roma de Sixto Quinto, Haussmann toma para sus redes hasta la justificación funcional; unir polos alejados del territorio urbano: en una eran las basílicas, en otra las estaciones ferroviarias y ciertos nudos estratégicos. La extensión de los viales es idéntica y si todas apuntan hacia un edificio o hito de naturaleza monumental, éstos no se perciben más que como puntos visuales extremos, incapaces de transcribir una relación de la arquitectura con el espacio urbano. El vocabulario de los tridentes multiplica sus raíces de Roma a Versailles y a los trazados de Le Nôtre, incluso puede descubrirse cierto parentesco entre Saint-Agustín, abrazado por dos *boulevards* (uno de los cuales no salió del papel), y el modo como Christopher Wren resolvió situar San Pablo en el plan de reconstrucción de Londres.

Creemos, con todo, en la conveniencia de ir más allá de semejantes referencias instrumentales. Además, la mayoría de los planes que se prestan a comparación son una creación *ex-nihilo*, o de ampliación, mientras que Haussmann operaba dentro de un espacio muy estructurado, a base de incisiones vivas que dibujaban otro espacio bien diverso. Su actividad recuerda, cierto que con más immediatez, a los modos de intervención del Renacimiento en la ciudad, especialmente aquellos cuyos objetivos eran «la revisión del plano de la ciudad antigua en favor de la apertura de calles nuevas y de plazas amplias y regulares».<sup>20</sup> La revisión no consistía ni en explotar los mecanismos existentes de crecimiento, ni tampoco en desarrollar elementos cuyas cualidades intrínsecas bastaba dilatar; se trataba, como si se hubiera interrumpido el devenir histórico, de instaurar en el interior de la ciudad, desdeñando el tejido que existía, un sistema nuevo por entero, se trataba de «enunciar un nuevo código de comportamiento, una nueva racionalidad, compleja y dialéctica a la vez, en la configuración del espacio de las actividades humanas».<sup>21</sup> Por tanto, la revisión estaba sustentada por un principio de exclusión: la exclusión de la historia, de los contenidos sociales, de la práctica y sus huellas, y al menos en los inicios, no tuvo «buena acogida en esencia por los contemporáneos».<sup>22</sup> Tendía a la confiscación de algunos terrenos urbanos en provecho de la nueva burguesía que ostentaba el poder para que trasladara allí su residencia y exhibiera los valores ideológicos sobre los que descansaba su soberanía. La confiscación de esas áreas vuelve a plantear la oposición entre el espacio de la autoridad que se encarga de proyectar y el de las clases cuya tarea es la de realizar (la periferia). Como consecuencia de ello, la noción de corte de la ciudad por exclusión, a medida que se desarrollaban los modos de intervención en una cultura mejor fundamentada, no hacía sino encontrar campos de aplicación cada vez más vastos. Ciertos barrios periféricos, donde las novedades abundaban, léase en los aditamentos, en la acusada abertura de la ciudad cara a un paisaje civilizado cuya incorporación se inicia, en la estructura de la propiedad y en las tipologías de edificios que se levantan, todos ellos se convierten en zonas excluidas para las clases dominantes de los siglos XVII y XVIII: en Roma lo eran las colinas del Quirinal y de la Trinidad de los Montes; en Amsterdam, los tres canales, y en París, el faubourg Saint-Germain, que daba a las Tuilleries y a notables trazados paisajistas que se extienden al oeste, a lo largo del Sena (Cours la Reine, Champs-Élysées, etc.).

Para culminar esta exclusión, Haussmann recupera esos tipos de intervención de la cultura clásica para desarrollarlos, de manera especial, conforme a un sistema más apropiado a la consecución de un control eficaz: no sólo expropia el centro (la Cité, la secuencia Châtelet-Hôtel de Ville), no sólo abre zonas periféricas de carácter burgués (la Plaine Monceau, Chaillot e, incluso, las Buttes-Chaumont), sino que inserta en el tejido antiguo una red continua cuyo entramado consiente la implantación de una regularidad. La exclusión, en vez de circuns-

cribirse al centro y a algunas áreas concretas, se dispersa, en último término, por todas aquellas en que se enfrentan el nuevo espacio burgués y el interior de los barrios que éste oculta. El resultado es una contigüidad, un enfrentamiento entre ambas modalidades de espacio que no cesan de ser impulsadas la una contra la otra. Esta exclusión, pese a practicarse con la violencia de las demoliciones,<sup>23</sup> de los desplazamientos de grupos de población, no prevalece sobre el tejido urbano que, en realidad, procura conservar en él los límites de una relación de dominio.

El enfrentamiento se traduce en imbricación: los trazados «haussmannianos» se acomodan perfectamente al tejido urbano existente, nada se refleja en el entramado de relaciones que conlleva, con lo que se corre el riesgo de llamarse a engaño respecto a la urdimbre de relaciones que implica. La parcelación materializa la compatibilidad de los nuevos trazados y las antiguas manzanas, muestra suturas que son verdaderas proezas, tolera elementos arcaicos y, en cambio, da vía libre a los nuevos a insinuarse más allá de los antiguos. Basta recorrer el boulevard Haussmann de punta a punta para percibirse de la pericia de la inserción, cualidad que no puede exhibir la zona más antigua del Grand Boulevard (por ejemplo, de la rue de Richelieu a la Porte Saint-Denis), de ser sometida al examen más superficial. Dado que en éste no hay problema de inclusión que deba solucionarse, el tejido circundante es homogéneo y las reglas de corte son iguales para todas las parcelas, estén en el *boulevard* o en manzanas próximas. A lo largo de la apertura «haussmanniana», la inclusión, hábil por demás, encierra un sentido: ser el anverso de la relación de exclusión-conservación cuya naturaleza acabamos de definir. También la inclusión presenta las huellas producidas por una violencia.

El rol cultural de la manzana «haussmanniana» no se comprende si no es dentro de la relación de exclusión-inscripción. Haussmann elimina una gran parte de las manzanas, en concreto aquellas que fraccionadas pertenecen a un conjunto que, conforme a la estrategia subyacente a la división del espacio, nos lo señala como amenazado estructuralmente en lo funcional y físicamente a largo plazo. Lo esencial es llegar a una reinterpretación reductora de la manzana con esas características, circunstancia que se da en aquellas salidas de la mano de Haussmann y que, en su momento, señalamos como modelo de una serie de operaciones. La manzana de Haussmann patentiza un total acuerdo con la combinatoria urbana, si bien experimenta un proceso de sistematizaciones en cadena que terminan por alterar y deformar el carácter del acuerdo original; en definitiva, lo que cambia es el mismo concepto de ciudad.

## **La manzana «haussmanniana»**

### **Su morfología**

La manzana que se produce por el nuevo trazado de las redes «haussmannianas» en mallas en estrella es forzosamente triangular y rompe con la del París tradicional, rectangular en la mayoría de los casos. Quede dicho que también existen manzanas «haussmannianas» rectangulares, algunas de las cuales estudiaremos más adelante.

Las dimensiones de las manzanas triangulares, las que se presentan con mayor frecuencia, varían sensiblemente y parecen excluir cualquier tabulación

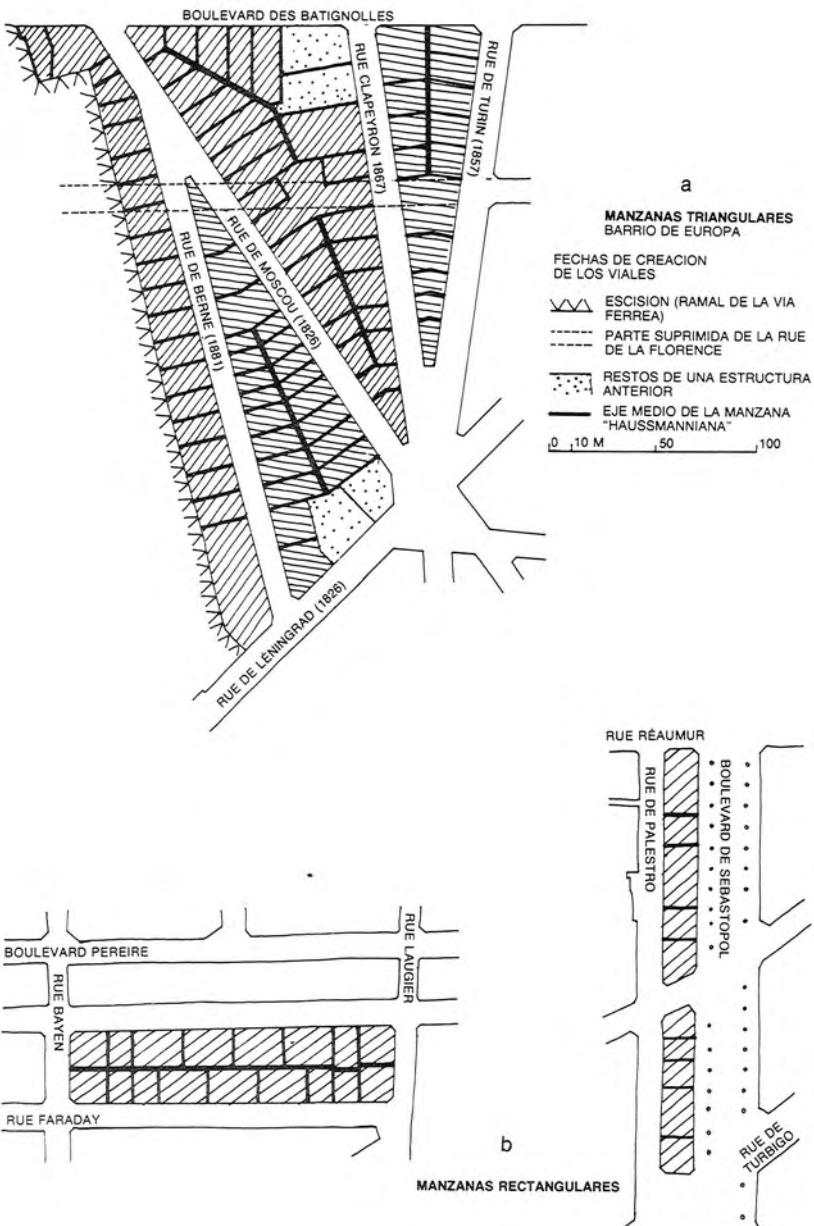


Fig. 5

a) Manzanas triangulares. Barrio de Europa

b) Manzanas rectangulares a lo largo del Boulevard Pereire y del Boulevard Sébastopol

Las pequeñas manzanas rectangulares que permiten la conexión con anteriores trazados se reducen a veces a simples bloques, a hileras de parcelas en oblicuidad totalmente edificadas pero sensibles al distinto *status* de las calles que tienen a uno y otro lado.

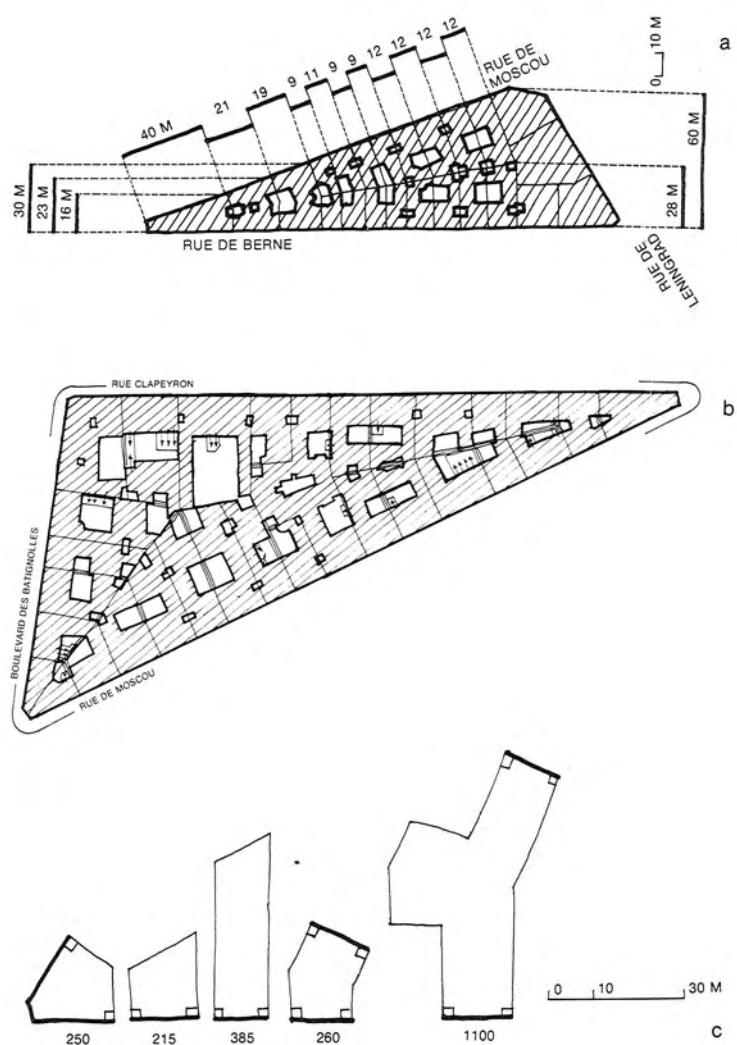


Fig. 6. Estructura de las manzanas triangulares

a) Berne-Moscou

b) Moscou-Clapeyron

c) Superficie en  $m^2$  de las parcelas tipo de la manzana Moscou-Clapeyron. La línea gruesa indica el línde a calle

Por regla general, la manzana triangular resulta del encuentro de formas radiales que garantizan trazados a gran escala (*boulevards*, *avenidas*) y un tejido irrelevante. Su análisis ofrece un doble interés: por una parte muestra cómo varía la distribución de las parcelas con el aumento de las profundidades; por la otra, permite comprender el rol que juega la línea bisectriz en la configuración de los inmuebles y de las parcelas en esquina.

óptima aplicable como norma general. No obstante, se tiene la impresión de que, por una parte, las grandes manzanas se suprinen, tómense como ejemplo aquellas tan del agrado en épocas anteriores (el convento de las Fille-Dieu, entre el barrio Saint-Denis y el Poissonnière, se parceló en los años que van de 1772 a 1792, en medio de manzanas de 30.000 a 50.000 m<sup>2</sup> de superficie), y por otra, de que la manzana ahora es compacta y tiende a tener, por su forma triangular, una anchura menor. Cerca del Colegio Chaptal y en el sector norte del barrio Europe que Haussmann transformó (1861 a 1881), la mayor anchura de manzana se aproxima a los 60 o 65 m, en pocas ocasiones alcanza los 90 m, para una superficie total de 3.400, 6.300 y 20.000 m<sup>2</sup>.

La manzana rectangular suele ser residual, vinculada a una apertura que no altera la trama viaria inicial. Por su condición acostumbra a dominar la longitud sobre la anchura, cual ocurre en el boulevard Sébastopol, con una relación 1 a 7, y en el boulevard Péreire, de 1 a 4, y con anchuras tan reducidas como de 16 m y 36 m, respectivamente. Poco les falta a estas manzanas rectangulares y muy compactas para convertirse en bloques ceñidos por calles.

### **La división de la manzana en parcelas**

La división de la manzana en parcelas obedece a algunos principios muy visibles (se trata de la manzana triangular).

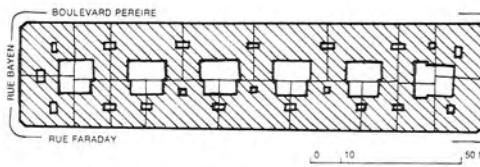
1. Cada parcela se traza perpendicular a la calle.
2. La divisoria interior de la manzana es la bisectriz del ángulo que forman las calles.
3. La proporción media de las parcelas excluye tanto las parcelas en profundidad como las de gran fachada a la calle.

La manzana «haussmanniana», así pues, parece que nace de una organización en conjunto, mediando una cierta racionalización y regularización. Estas conclusiones iniciales merecen, a pesar de todo, relativizarse con larguezas. Cuando la gestión del conjunto se encomienda a una sociedad inmobiliaria que recurre a modestos propietarios privados y pequeñas empresas dispersas, casi nunca se desarrolla de una vez; la manzana se edifica por parcelas, una a una, y con menor frecuencia en grupos reducidos de unidades. Cuando las actuaciones son compactas, modalidad ya comentada, el protagonista de la intervención no es único y la regularidad de la manzana es entonces lo que resta de testimonial: la manzana que se extiende entre la rue de Moscou y la rue de Berne es simétrica, consta de dos mitades que pueden superponerse si se toma la bisectriz como eje de giro; dando frente a la rue de Berne se levantan, en una hilera de 250 m de longitud, 19 edificios dobles entre medianeras, contiguos a la línea ferrea del oeste.<sup>24</sup> En general, el desarrollo progresivo de la construcción favorece la adaptación de las normas: la partición no puede realizarse localmente según la bisectriz, puesto que son inevitables las modificaciones y la corrección de anomalías en el perímetro de algunas parcelas.<sup>25</sup>

En lo referente a la racionalización y a su corolario, la regularidad, son puntos que deben valorarse correctamente. Un perímetro triangular no crea más que desigualdades. Aparecerán, sin remedio, ángulos agudos de manejo incómodo, sobre todo cuando atañan a plantas de viviendas. Hágase lo que se haga, todas las parcelas serán diferentes. Lo que se pretende no es lograr la bella regularidad inglesa. En muchos casos (aunque no de modo absoluto) se encuentran solares



a)



b)

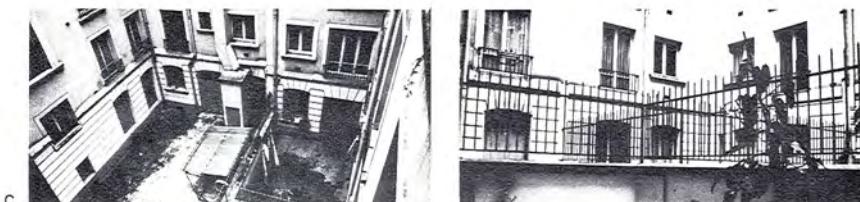
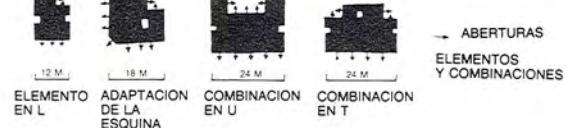


Fig. 7. Estructura de la manzana rectangular Bayen-Faraday-Laugier a lo largo del Boulevard Pereire

- a) Composición de fachadas en el Boulevard Pereire
- b) Partiendo de un elemento base en L, presente en las cuatro parcelas menores, se hacen combinaciones en U (en el Boulevard Pereire), en T (en la rue Faraday) y una adaptación en la esquina dando a la manzana una configuración muy racional, por la reunión de patios en grupos de tres o cuatro
- c) Patio común a tres parcelas, las parcelas están separadas por muretos enrejados. El patio se presta a almacenar pequeños utensilios y a instalaciones auxiliares de poca envergadura, como son las protecciones para velomotores. Los muros del patio reciben un simple revoco; la irregularidad formal de las ventanas no responde a una inquietud por la composición apenas sugerida por las hiladas del sótano.

de gran tamaño en esquinas y centros de manzana. Se encuentran además parcelas transversales en las zonas de menor anchura de la manzana y parcelas con una sola orientación, cuando, debido a sus dimensiones, amenazan con tener excesivo fondo (cerca de 30 m). Estas parcelas tienen formas variadas si no insólitas, que van desde las triangulares, en ocasiones de ángulos muy agudos, a las trapezoidales y en V, incluyendo las posibles combinaciones entre las mismas, con polígonos complicados como fruto.

La superficie de las parcelas varía mucho más que las formas, al extremo de brindar un amplio muestrario. En la manzana Moscou-Clapeyron, del barrio de Europe, oscila de 200 a 1.110 m<sup>2</sup>; en la manzana Moscou-Berne, de 135, especialmente reducida, a 360 m<sup>2</sup>. El fondo varía como consecuencia de la forma triangular, pero otro tanto sucede con la fachada a calle: en la misma manzana Moscou-Berne se observan fachadas de 9, 11, 12, 19, 21, 28 y 40 m (las últimas en la esquina más aguda); y en otra parte (en las proximidades al Colegio Chapital) son de 8, 10, 11, 12, 15, 19, 20 y 23 m. Tampoco escapan a tan abundante surtido las manzanas rectangulares. Desplegada en el boulevard Péreire, la manzana Laugier-Faraday-Bayeu, unida al mercado des Ternes, engloba seis parcelas pequeñas, cada una de 115 m<sup>2</sup>, y once grandes, de 300, 400 y 460 m<sup>2</sup>. La planta del conjunto es tremadamente rígida, pese a la falta de paralelismo entre el boulevard Péreire y la rue Faraday. Las parcelas del extremo, las de la esquina, tienen 300 m<sup>2</sup> de superficie y 18 m de fachada a cada una de las calles; la intercalación, además, de una franja de 12 m de ancho, permite albergar dos parcelas pequeñas dispuestas espalda contra espalda; la zona central adopta un orden al tresbolillo, las fachadas son de 24 m a excepción de dos de 12 m en la calle posterior (Faraday). Esta organización registra, al tiempo, la presencia de una autoridad única, ejecutora del reparto y de una variedad de solicitantes a quienes se les presentan ofertas que van desde el solar simple al cuádruple.

### **La estructura de la edificación**

Acabamos de examinar la manzana Péreire-Laugier-Faraday-Bayeu, con unos componentes que presentan una coordinación ostensible en una planta que, además, tiene asignada una localización precisa de los edificios. Cabe afirmar que *la división de la parcelación está prefijada por la futura configuración de la edificación y no a la inversa*. Se tienen 17 parcelas a las que se dota de no más de seis patios de dimensiones iguales y planta casi cuadrada. Los patios son comunes a tres o cuatro parcelas. En el interior de los inmuebles, aparejados dos a dos y cabalgando en los lindes de la parcela, se acomodan patios de ventilación. De esta solución podría inferirse que la manzana es una edificación única, un bloque del que se han vaciado los patios. Pero el bloque en cuestión es el resultado de asociar elementos idénticos (dentro de lo que permite la falta de paralelismo total entre las calles). El elemento base es un edificio en forma de L que, como tal, también se emplea en las parcelas de pequeño tamaño; dos formas en L dan origen a otra en U o en T, idónea para parcelas grandes; en las esquinas basta una ligera adaptación de la L, motivada por la mayor dimensión de uno de los brazos, para obtener una superficie de fachada superior. Todo arranca de este elemento en L que se agrupa en L, en T o en U para que de la asociación de cuatro patios resulte otro de más magnitud. Y de aquí proceden las peculiaridades de la parcelación (fachadas de 12 m y medianeras al tresbolillo).

Algunas manzanas de organización menos rígida que la que nos ocupa muestran cómo se siguen situando patios de ventilación y patios comunes a dos

parcelas: la parcela no es una unidad que se valga a sí misma, dotada de autonomía y, a medio camino entre ella y la manzana, asoma una cierta estructuración. Son tan gravosas las limitaciones que imponen la densificación y la rentabilidad del suelo, que las parcelas se hacen demasiado exigüas para los tipos de edificios y ya no pueden entenderse como unidades simples. El espacio colectivo del patio deja de coincidir con la unidad cerrada de la parcela, accede a un *status* híbrido que no depende de la parcela, pero tampoco de la manzana. Es importante señalar que este espacio colectivo poco definido ha perdido su capacidad de identificar, pues simultáneamente ha desaparecido su valor como espacio oculto (para los demás); en la planta baja una pared, a menudo de tosca apariencia, separa los inmuebles, en cambio permanece siendo común el volumen superior del patio y, por consiguiente, está a la vista de otras gentes con quienes no existe ningún nexo de vecindad, al no tener acceso a esta parte del mismo. Semejante situación no se tolera, a menos que los «otros» se entiendan como supuestos «iguales» en el contexto de una anónima confusión de *status*. Se echa de ver que tal solución implica igualar el espectro social, que supone un convenio que actúa de máscara para proscribir la diferenciación. A partir de ese momento se registra el hecho, relativo al patio, de que cuanto más privado es el espacio donde se producen los contactos sociales, tantas más actividades ocultas y expresamente toleradas se tercian. No existe ningún otro espacio de la parcela capaz de adoptar estos roles, en lo sucesivo, relegados; la parcela pierde su profundidad, se trunca la sucesión de espacios hacia el interior. Por imperativos de la densificación el espacio interior del patio se sujet a dos de las características que, dentro de la nitidez de un marco de codificación, consentían el reconocimiento del espacio público de la calle: la convención y la esterilidad. El patio está «ordenado», «muy cuidado», reacio a servir de almacén de objetos o vehículos, a recibir cualquier sello que no sea distintivo de calidad. Pero cuando existe instalación de algún género, como marquesinas, galerías o vidrieras, es decisión de la propiedad, fruto de un pretexto funcional (por ejemplo, una oficina) y, como quiera que sea, se trata de una mejora autorizada y aprobada.

Se ha roto la secuencia de espacios internos, pero subsiste, minimizada, una jerarquía de lugares. Algunas veces al primer patio sigue un segundo, sólo accesible desde una vivienda en planta baja o trasponiendo una puerta de servicio; en todo caso, no es zona de paso y por tanto está abocada al silencio. La morfología de la manzana ofrece una periferia continua, de dimensión constante, y un interior que, a primera vista, parece menos ordenado. A la periferia corresponden la severidad y la exactitud; ahí están las viviendas de configuración más regular, donde la ordenación afecta a las zonas que dan a la calle, zonas accesibles desde un vestíbulo, sin necesidad de atravesar ese lugar ambiguo, el patio, adjudicado a numerosos edificios con demasiada obviedad. El fondo de la parcela, sacrificada a la geometría del triángulo y del trapecio, brinda viviendas peor distribuidas y, a menudo, con una sola orientación. Bajo la máscara sutil de una uniformidad que nace de la convención es posible leer en estas diferencias la evidencia de una jerarquización social.

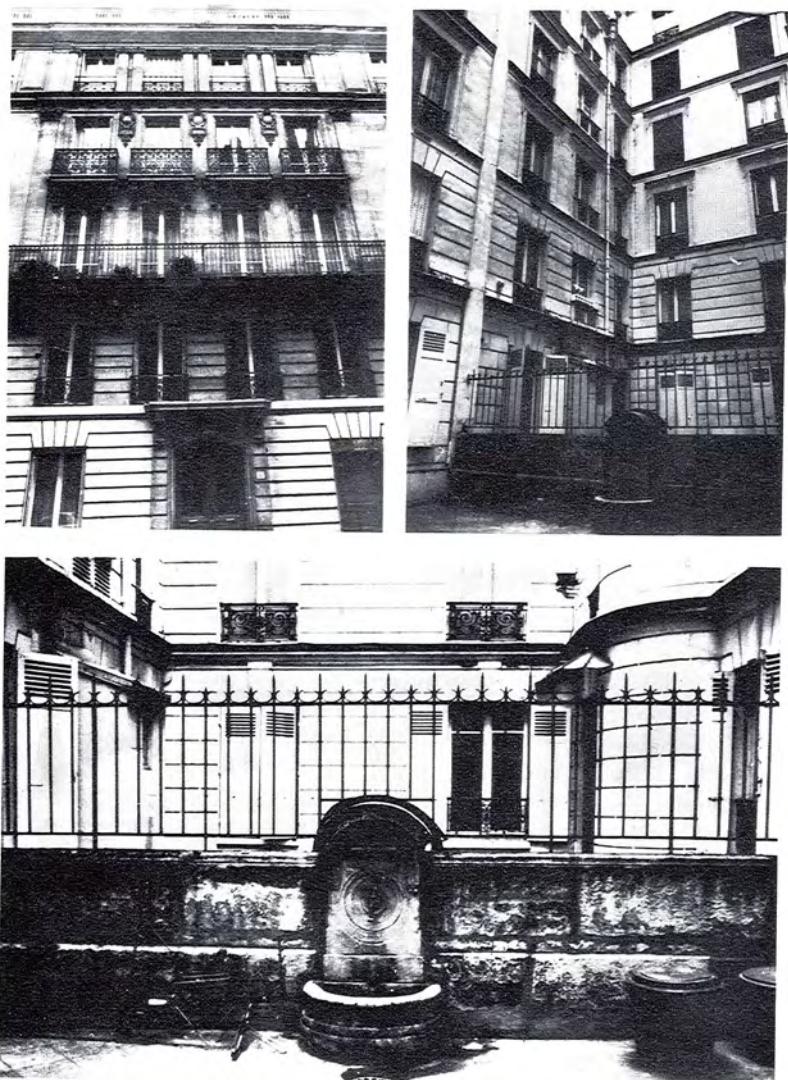


Fig. 8. Manzanas del barrio de Europa en París

a) Fachada a la rue de Moscou

b) Edificio de la manzana Berne-Moscou

La arquitectura del patio está sumamente cuidada: franjas que definen cada planta, cornisas en las aberturas exteriores, basamento almohadillado. Con la reja que viste



b

el muro al que se adosa la fuente se evoca que antes tuvo una vistosa fachada a la calle. La redundancia de lo «público», característica del espacio «haussmanniano», es aquí ostensible: si el patio tiene la amplitud de la fachada, es obligado que ésta sea monumental. El patio influye en la composición con gravosa insistencia.

## Plurifuncionalidad y propiedades sustitutivas internas

La organización de la manzana en demarcaciones, tal como ahora se nos manifiesta, debe compararse con la de la manzana tradicional de París a fin de evaluar mejor las consecuencias de la reducción de la cual procede.

La cuestión no estriba en circunscribir las manzanas del París «prehaussmanniano» a una tipología única, pero sí es plausible, a este respecto, emitir algunas observaciones generales. En su conjunto, la manzana se divide en una periferia y un interior. La periferia, densa, tiene conexión directa con la calle, entendida como lugar de intercambios y como espacio de presentación regido por códigos. Por el contrario, el interior es una zona alejada de la calle, escindida de la misma, provista de los caracteres de un lugar no percibido (no necesariamente percibido), incluso oculto; carece de las funciones de representación global, es maleable, transformable, está marcado por unos códigos laxos contrapuestos a los que se reconocen en la fachada pública; es un lugar que se presta a la apropiación o adaptación.

La oposición que se suscita en la manzana entre la periferia y el interior ha de entenderse como un sistema de diferencias que facilita ordenar una determinada complejidad (la complejidad del tejido urbano). Es un modelo de integración de actividades que establece la posibilidad de distribuir funciones múltiples en régimen de reciprocidad. Opera a modo de sistema amplio al que no compete el diseño de funciones —variables y relativas—, sino de relaciones de asociación y de exclusión entre funciones y lugares. Se trata, pues, de unas reglas de integración concebidas para indicar las funciones en términos de sustitución (es decir, esta función puede sustituirse por tal otra), en una perspectiva que tiene en cuenta el devenir histórico, la variación, el *bricolage* (o sea, la recuperación de una estructura propuesta y vacua), y hasta el uso indebido.

Es cosa corriente que en la periferia, unida directamente a ese lugar de intercambios que es la calle, el suelo esté más proporcionado, que intervenga una densificación que haga dibujarse el interior de manzana como el dominio de expropiaciones más vastas y de una partición más dilatada de las parcelas. Suele haber «sitio» donde se levantan talleres, locales industriales, garajes, cobertizos o almacenes, jardines, parques de viviendas particulares o un equipamiento que puede llegar a ser incluso de cierta envergadura (antes era un convento con su claustro o un colegio, ahora es una escuela, un instituto o un centro administrativo). Todos estos elementos no se presentan juntos, si bien ocupan idéntica posición en la estructura de la manzana. El alojamiento, los intercambios sociales, el trabajo y, con asiduidad, los equipamientos colectivos se entremezclan dentro de la manzana (en una misma manzana, en este caso) de acuerdo a un orden que garantiza su compatibilidad en el espacio.

La manzana está provista de una complejidad interna que, sin estar explícitamente codificada, es susceptible de estudio<sup>26</sup> y verificación, de manera singular a través de los mecanismos de adaptación y corrección que inducen las exigencias propias de cada situación. La jerarquía en dirección al interior de manzana acostumbra a desarrollarse en secuencia (primer patio, corte, segundo patio, corte, etc.) y el acoplamiento de lugares justifica lo ajustado de las edificaciones. La jerarquía horizontal viene a complicarse con otra vertical de extensión variable según las demarcaciones de la manzana. Este conjunto depende, por último, del *status* de las calles que lo circundan, del rango que éstas tengan en la jerarquía simbólica y práctica de las vías de la ciudad o del barrio, condición que confiere a la faceta «pública» de la manzana su sentido particular. La manzana «reacciona» con fuerza frente a los desequilibrios jerárquicos. En un barrio donde el

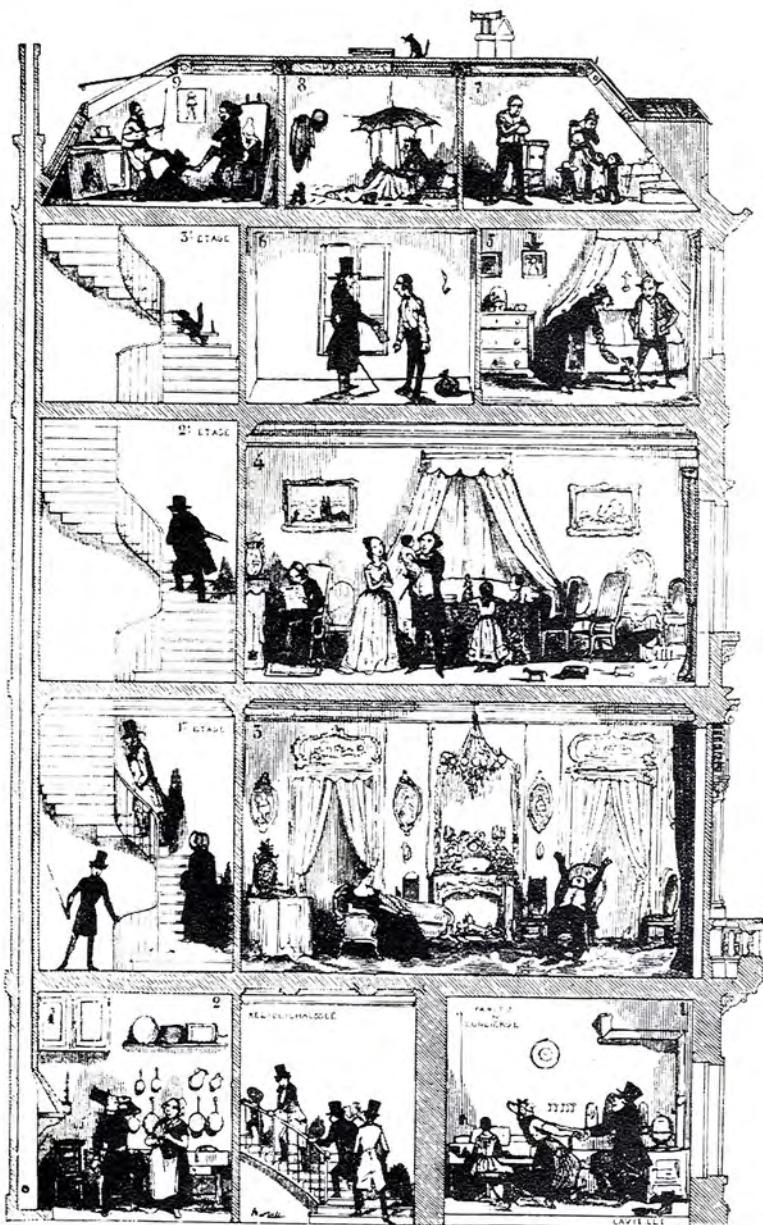


Fig. 9. El edificio «haussmanniano»

Entre las calles *en coupe* tan comunes en la segunda mitad del siglo XIX, ésta ilustra el modo como en aquel tiempo se imaginaba la inserción de actividades (comercio, artesanado, vivienda) y de clases sociales diversas dentro de un marco urbano moderno y bastante uniforme. Recuérdense las descripciones que Émile Zola hace al respecto en *Pot-Bouille*: la respetabilidad burguesa de la fachada «haussmanniana» hace de pantalla entre la ciudad y la esfera de la intimidad; la «vida privada» se separa de la vida urbana.

nivel medio esté poco o nada representado, la manzana compensa la carencia mediante una ampliación de su jerarquía interna, a tal efecto se atraviesa por pasajes, «calles» interiores y patios.

La manzana no posee en la ciudad «haussmanniana» más que una plurifuncionalidad moderada. César-Denis Daly<sup>27</sup> describe la vivienda «particular», y de forma muy peculiar indica que «el comercio y la industria son exigencias que se deberán tener en cuenta; en esa zona de la ciudad domina el gran comercio, el de lujo, y el acondicionamiento de los almacenes ostentosos que precisa difiere de la «instalación» de las tiendas pequeñas [...], base [...] del comercio de artículos de primera necesidad». Gracias a este texto vemos cómo la integración funcional penetra en el ámbito del arquitecto: es forzoso «tener en cuenta», con arreglo a una operación que parece definirse mejor con el término de «ordenación», al que sigue el de «instalación», en segundo plano y, casi se diría, contraponiéndose al anterior. La compilación de Daly descubre, muy a pesar de quienes la resumen en forma de cuadros comparativos, que el acondicionamiento no es otra cosa que la explotación de tipologías sumamente restrictivas y de escasez de medios, situación que el arquitecto salva a base de acuerdos específicos para cada caso, a base de golpes de ingenio. Cabría calcular qué número de distribuciones son inclasificables y hasta qué punto se ha deteriorado la lógica de la tipología, para seguir preguntándonos qué contenido conserva ésta en los casos intrincados y llegar a la conclusión de que se empobrece por imposibilidad de prestarse a operaciones espaciales donde se vería actuar una sintaxis de un modo orgánico. En este espacio que se desea ilustrado, las vidrieras, los muros con entramado metálico, las columnas de fundición y las vigas metálicas, los revestimientos cerámicos, representan la irrupción de un cierto positivismo en el bloque de convenciones a que el edificio «haussmanniano» guarda observancia.

Apenas se evoca la plurifuncionalidad (el comercio y la industria), reduciéndose su contenido a mera *convención social*; la «industria», más cercana al «comercio» y orientada de inmediato hacia la esfera de lo «ostentoso», es impotente para evocar el mundo del trabajo y de la producción, pero no esa convención: en un mismo edificio no se «trata» igual (en sentido arquitectónico) el espacio destinado a vivienda de la burguesía, aunque sea industrial, y el de la producción. La regla es tajante para los «mejores medios» y, por lo demás, desde comienzos de la Revolución Industrial, la minería y los grandes centros productivos tienen zonas reservadas excluidas de las ciudades. Sólo permanecen algunos talleres y oficinas que los arquitectos se brindan a distribuir; se utiliza toda la planta baja y la iluminación se consigue mediante cristalerías que se colocan al fondo de los patios. Pero la convención sigue imponiendo su dominio, la identidad de las funciones se enmascara en tanto sea posible.

La plurifuncionalidad no admite enunciarse a nivel de la manzana, la cual tampoco se reconoce como unidad de intervención, pues ni siquiera alcanza el rango de tipología, se relega al nivel de la ciudad. La ciudad «haussmanniana» exceptúa el lugar de trabajo de la manzana residencial «particular». En contrapartida, empero, surge la especialización de ciertos barrios; los barrios residenciales se desarrollan libres de todo centro de producción, en oposición a los barrios obreros, donde el principio de segregación entre el lugar de trabajo y la vivienda todavía no rige. (París continúa siendo una ciudad con la industria fragmentada en pequeños talleres, circunstancia que mantiene viva la antigua estructura del tejido urbano en aquellas zonas que Haussmann todavía no ha tocado). Al antiguo espacio (el espacio demarcado de la sustitución) se contrapone el nuevo espacio (el espacio funcional de la segregación), en el cual las posibilidades de combinación funcional son las que eran válidas únicamente en

la periferia de la antigua manzana, la zona más acentuadamente pública (viviendas, comercios, oficinas, actividades liberales). Es posible afirmar que la manzana «haussmanniana», en comparación a la manzana antigua, actúa sólo como una *periferia condensada*. Su forma no hacía esperar otra cosa: lo que el triángulo ofrece con mayor prodigalidad es su perímetro dando a la calle, en detrimento de una superficie interior protegida y oculta que, en adelante, tendrá mucha menor importancia. Con la manzana «haussmanniana» se inicia la desaparición del interior de manzana y, con él, la de sus propiedades funcionales y su riqueza de articulación.

### La manzana en la combinatoria urbana

La manzana «haussmanniana» conserva su papel de elemento indispensable para la estructuración de la ciudad; al igual que sucedía con la antigua manzana, también es ella una unidad combinable y, en este sentido, la ciudad no se concibe si no es como una combinación de manzanas. Por encima de sus diferencias, las manzanas «haussmanniana» y «pre-haussmanniana» son compatibles y de aquí nace, como primer resultado, el mantenimiento de la rigurosa continuidad del paisaje urbano. Si la imagen de la ciudad se identifica con la unidad, con la sucesión ininterrumpida de fachadas a uno y otro lado de las calles, en ese caso la manzana «haussmanniana» contribuye a crear una imagen eminentemente urbana. Esta imagen, llevada a lo caricaturesco, a lo simplista, no acostumbra a ser más que la reducción de la rica imagen polisémica que compone el antiguo paisaje urbano. Pero ello carece de importancia, no se produce ni el hiato, ni el hueco. Las manzanas escindidas se cierran pronto sin tolerar que subsistan los cortes. Las fachadas cierran por completo el espacio público que queda contenido en una caja mural perfectamente definida. Bajo el influjo de Haussmann se tiende a sobrevalorar lo «público» en detrimento de lo «privado» (nos referimos, claro está, a los espacios exteriores y nunca a la vivienda privada), extremo del que ya tenemos indicios. El espacio público se refugia por entero en la monumentalidad, incluyendo los viales de orden local. Gran número de estas calles residenciales posee ese aire resuelto, esta monótona respetabilidad que la acumulación de referencias atesoradas confiere a las fachadas. Pero su monumentalidad radica especialmente en su impasibilidad; los locales comerciales se descartan (excepción hecha, y no siempre, en las dos zonas extremas de la manzana), la calle está libre de todo acontecimiento, de toda posible irrupción de desorden cotidiano. Su espacio es sorprendentemente abstracto, isomorfo, al margen del tiempo y de la luz (¿universal?), concluyente en forma y uso, no conoce la variación. ¿Una transformación caricaturesca —de recuperación en recuperación— del espacio clásico? La secuela es muy grave; la manzana «haussmanniana», en lo que afecta a su interior, no está ya en condiciones de articular las diferencias, y de igual modo, en su exterior, la relación que tiene con las calles las borra todas. El espacio urbano se homogeneiza en un proyecto a largo plazo, más allá, sin duda, de la monumentalización aparente que experimentó en la época de Haussmann. En esta escisión de la ciudad que se traduce en el rechazo de todo el resto, el espacio instituido como dominante no es otro que el tan débilmente articulado o, al menos en esta etapa de su inserción, el que pone en juego, aunque en sentido mínimo, las articulaciones heredadas (y obligadas para garantizar su inserción en la ciudad).

Dado que la manzana «haussmanniana» no puede articular en su interior la multiplicidad de funciones, se advierte la aparición de manzanas con función

única y, sobre todo, de manzanas-equipamiento y manzanas-monumento. La norma es la manzana-monumento, antecedente de la manzana-edificio que le sucederá así que el monumento se devalúe. No es necesario retomar la política de segregación que Haussmann preconizaba y cuya materialización encontramos en la Cité, en sus manzanas-monumento del Tribunal de Comercio, de la Prefectura de Policía, el Hôtel-Dieu y Notre-Dame, ejemplo en que el aislamiento entre elementos y la huerta neutralidad respecto a calles y plazas (la de Notre-Dame y la del Marché aux Fleurs) genera un nivel unitario. El sistema monumental, privado de toda relación de orden, pierde toda su significación. De igual modo que se segregan iglesias, se «aisla el Colegio Chaptal» (1867); los almacenes Bon Marché (Boileau, 1879) tienden a convertirse en manzana; el Printemps de Séville (1880) abarca dos; el Hôtel des Postes de Guadet (1880) se disocia por efecto de una calle secundaria con función de servicio a los edificios del lateral sur, y no guarda propiedades asociativas con los mismos. La manzana de equipamiento tiende a convertirse en edificio aislado.

No es en París, donde el tejido ofrece una enérgica resistencia, donde será posible apreciar la búsqueda y consecución de este proceso de clasificación, segregación y especialización que incide, simultáneamente, en la constitución de la manzana y en la combinatoria a la que se podría someter en cuanto unidad de la división urbana. La manzana entra en una fase crítica, quizás sería más exacto decir en una crisis; pero la atonía que la construcción padece en París durante los cuarenta años de deflación que siguen al Imperio disfraza los aspectos más incisivos de una crisis que reaparecerá, agravada, con el fracaso urbano que se expresará a través de la incapacidad de acondicionar las zonas suburbiales.